

REPUBLICA ARGENTINA DE EDUCACION

EL MONUMENTO
A LA
INDEPENDENCIA
EN
HUMAHUACA

CONFERENCIA

PRONUNCIADA EL DÍA 8 DE NOVIEMBRE DE 1941, EN EL INSTITUTO
LIBRE DE SEGUNDA ENSEÑANZA, LIBERTAD 555

POR

ERNESTO SOTO AVENDAÑO

IMP. LUIS BERNARD, GIRIBONE 1150.

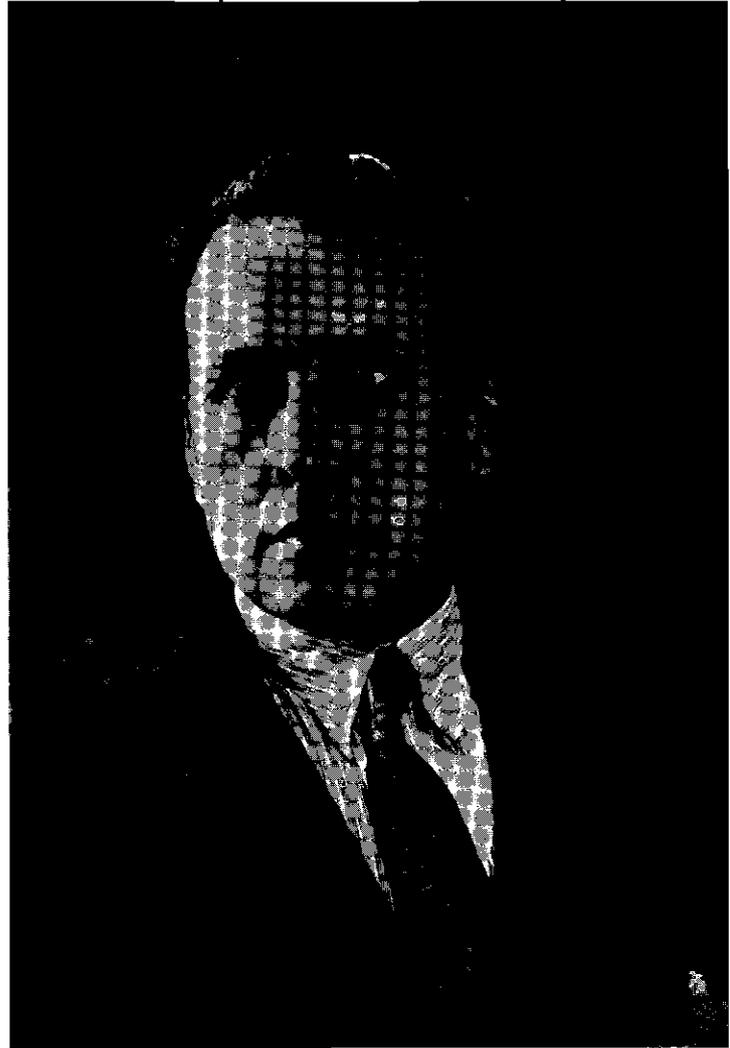
BUENOS AIRES
1942

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

INV	014858
MG	F01 042
LIS	1

EL MONUMENTO A LA INDEPENDENCIA
EN HUMAHUACA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



ERNESTO SOTO AVENDAÑO

LIGA ARGENTINA DE EDUCACIÓN

EL MONUMENTO
A LA
INDEPENDENCIA
EN
HUMAHUACA

CONFERENCIA

PRONUNCIADA EL DÍA 8 DE NOVIEMBRE DE 1941, EN EL INSTITUTO
LIBRE DE SEGUNDA ENSEÑANZA, LIBERTAD 555

POR

ERNESTO SOTO AVENDAÑO

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

DONACION
DE
*Liga Argentina
de Educación*

BUENOS AIRES
1942

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

COMITÉ EJECUTIVO

TITULARES

Presidente	Desiderio Sarverry
Vicepresidenta 1.ª	Luisa de Pascale
Vicepresidenta 2.ª	Ricardo O. Staub
Secretaria general	Cecilia Borja
Secretaria correspondencia	Zulema Blanco
Secretaria de actas	María F. Pereyra
Tesorero	Emilio J. Alvarez
Protesorera	Carmen A. de Castiglioni
Vocal	Olivio J. Acosta
»	Luisa D. de Celesia
»	Eduardo Cocchi
»	Delia María Durand
»	María A. L. de Grigoni
»	María L. G. de Gutiérrez
»	Josefa Joan
»	Josefa Mediuá
»	Luisa B. de Sanguinetti
»	Julia A. de Valls
»	Jacinta del Mónaco de Maeri
»	María Laura Victoria
Suplente	Josefina Rugo
»	Victoria Della Riccia
»	Victoria L. de Oliver Pol
»	Avelina Millán
»	Marta E. Del Signo de Guillernet
»	Margarita Curto de Delfino
»	Josefina Santa Neve
»	Judit Ugo
»	José J. Berrutti
»	Victor M. Acuña
Revisor de cuentas	Ismael Navarro Puente
»	Félix Plaza

EL PUCARÁ

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS

He vuelto, sólo conmigo, a subir, paso a paso, la senda tortuosa y ondulante que conduce al Pucará de «piedras blancas», la ciudad de los muertos.

Pesada es la subida. He debido hacer alto algunas veces para tomar resuello; al fin alcancé su altura y me he sentado en una piedra del camino. Desde allí, como desde una atalaya, se domina el valle y caserío de la Villa de Humahuaca. En un anhelante silencio mis ojos resbalan sobre todas estas cosas que me son ya conocidas. El pensamiento de los hombres las ha llenado de misterio. Hay en el aire un tropel de palabras entrecortadas con olor a tiempo y a leyenda, y la voz del viento que ulula y se desgarrá entre los altos cardones cuenta una conseja en la que aparecen y se hundeu en fila interminable generaciones de indios; por racimos caen los hombres en la fosa, el Pucará resuena como un yunque y los gritos y alaridos de guerra se mezclan con el ruido que producen el choque de las armas y de los combatientes. Hoy todo está en silencio.

Los ayrampos que faldean los cerros están florecidos, sus flores levemente amarillas son como llamitas de una luz interior y eterna en la que la planta, al par que se consume, se renueva también. Las hojas erizadas de espinas, otrora verdes y tiernas, se han secado y ennegrecido, y lentamente adheridas a la tierra se pudren y disuelven, pero ya la hoja

nueva puebla y viste los taludes pregonando la juventud del mundo y la eternidad de la vida.

En este silencio alto y augusto de la muerte que me rodea, todas las cosas, hasta las más pequeñas, crecen y adquieren la medida y la significación de lo eterno. Tengo ganas de llorar frente a estas imágenes de lo desconocido, que miro sin penetrar, y que sólo acierto a describir sin comprenderlas. La quebrada..., el río..., el cielo..., las nubes..., el Pucará..., las tumbas..., son para mí sólo nombres de dioses desconocidos.

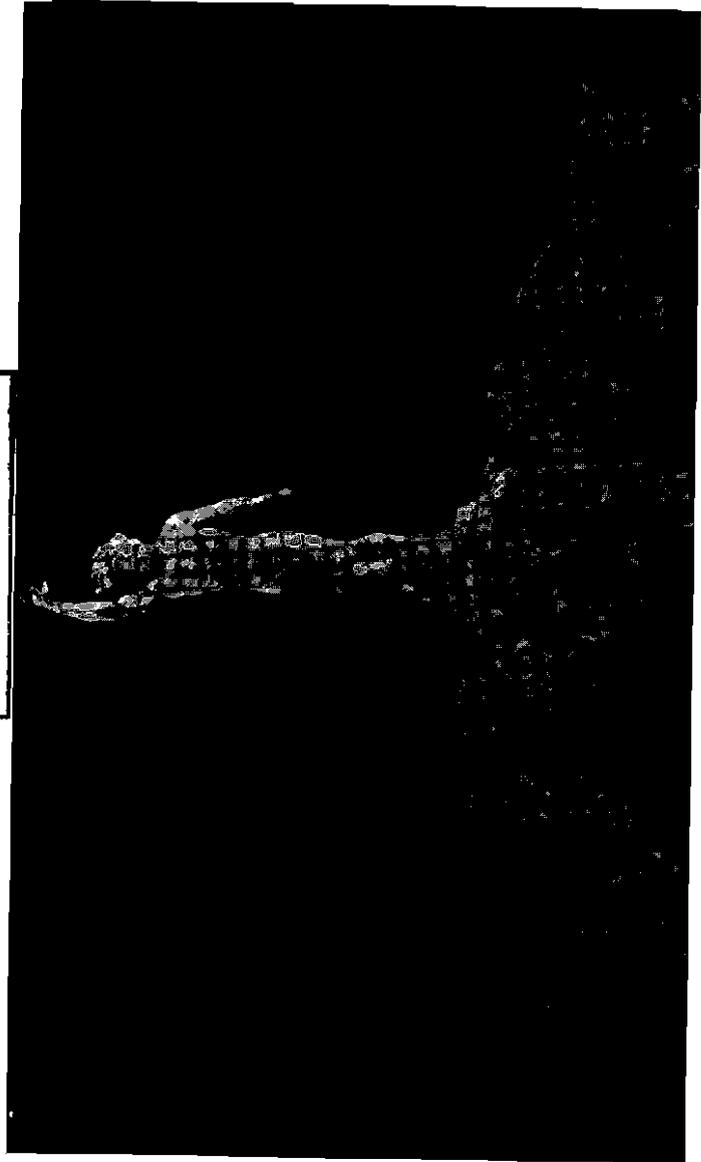
El cerro sobre el cual ha de levantarse el monumento a la Independencia, en la antigua y próspera Villa de Humahuaca, domina sobre todo el caserío de adobes en su mayor parte, de tal modo que se le divisa íncrito desde todos los puntos de la misma.

En realidad, no es un cerro aislado y singular, como podría esperarse, sino el punto más elevado de una especie de pampa de piedra, muy extensa, que es a su vez asiento de otros cerros más altos que forman una cadena al occidente de la villa.

Esta pampa está cubierta por un manto de tierra, ripio y piedras sobre el cual crece y se desarrolla, ya aislado, ya formando grupos un arbusto espinoso llamado *churqui*, y que los pobladores usan para quemar. También de él extraen su jugo variadas plantas de la familia de las caetáceas, que entre piedras abren su manojito de espinas; pero, dominándolas a todas, cual gigantescos caudelabros, los cardones elevan sus brazos en la gloria del sol, y sobre ellos el milagro de alguna flor blanca y luminosa imita admirablemente el lanceolado de la llama.

Recias y robustas sus raíces, penetran entre los intersticios de las piedras y se hunden a bastante profundidad en ese suelo pedregoso, y arraigan en él con tanta fuerza que no bastan los vientos de la montaña a moverlos un ápice de su sitio. A menudo muestran enormes desgarrones hechos por

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

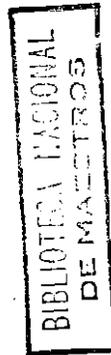


las pedradas de los changos que en ellos ejercitan su puntería, pero ni las injurias de los hombres y del ganado son suficientes para destruirlos, y allí permanecen, crecen y se desarrollan enhiestos, aunque heridos y lastimados. En la cima están erizados de espinas tiernas de color blanco, tantas, que semejan cabezas cubiertas de cabello cano. Ya un poco más abajo ostentan el fruto, la pasacana, que allí comen cuando está en sazón, lo que ocurre en febrero. He tomado una y la he examinado de cerca; es como una flor llena de pequeños pétalos verdes que se cierran como uñas hacia adentro. En su interior se halla lo comestible del fruto: es una materia azucarada, blanca, de sabor agradable, llena de pequeñas semillitas que los pájaros del cielo buscan y pican.

¡Admirables cardones! Cardones verdes de los valles abrigados, negros cardones de los pucarás. Los estaba mirando en medio del día impresionado como un niño por su belleza, la primera vez que los vi. ¡Qué maravilloso espectáculo es verlos en medio de esa explosión feérica de la luz! ¡Qué claridad adquieren, y con ellos todas las cosas que los rodean, bajo esa luz reverberante que penetra en las recónditeces que precisa los contornos, las aristas, las formas, con una fuerza inusitada! ¡Cómo la materia adquiere allí todo su esplendor, y qué admirable artista es la naturaleza!

Por el Sur y por el Oeste, desde las alturas de Tilcara, avanzan los cerros que forman el sistema orográfico del Zenta. Estos montes elevados ciñen y limitan el horizonte de la villa de tal modo que el observador colocado en los valles ha de levantar los ojos para ver el cielo. Así, cuando cae la tarde, mientras la sombra va espesándose en el fondo de las quebradas, a sus cimas aun las alcanza y dora el sol, y, lentamente, van pasando por todos los colores del prisma.

Turbio por los limos que arrastra el río grande, se precipita vivo y rumoroso de Norte a Sur, faldeando estos cerros y fertilizando las tierras que baña, lo bordean algunos sau-



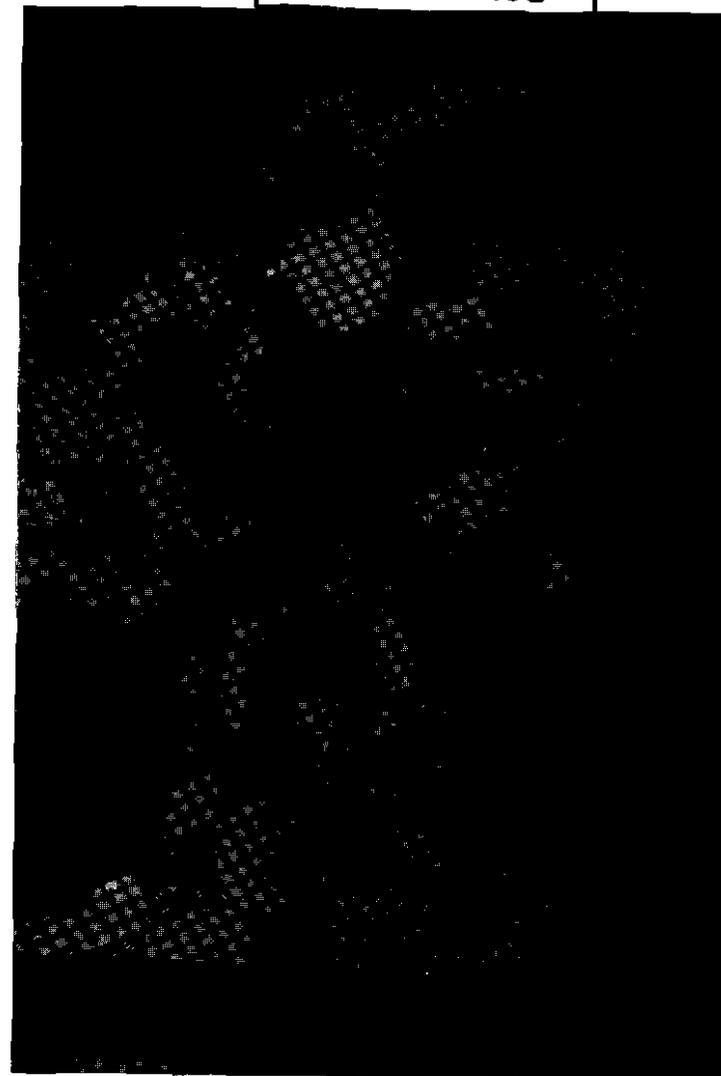
ees, plantados por los pobladores y grandes pedrones diseminados en sus orillas actúan como rompientes en las grandes crecidas. Cuando en el verano llueve en los altos cerros, lo que es frecuente, un rumor sordo y lejano anuncia la bajada del torrencioso río, las aguas encrespadas avanzan, cabalغان sobre los obstáculos; sobre ellas aparecen y se hunden troncos de viejos molles que la cólera del río arranca de cuajo, plantas, y el frágil *airampo* (1), que con tanta facilidad crece y se multiplica entre peñas. Avanza el río como una terrible divinidad irritada, hierven sus aguas, se arremolinan, se enerespan, saltan, chocan, devastan, y de su seno sube el sordo tronido de las ingentes piedras que el turbión arrastra; luego, poco a poco, en horas a lo sumo, amengua el agua, calla el rugir, cesa por completo, y un hilo de agua cantarina corre entre piedras, forma remansos, y el dulce gluglú del agua canta en la tarde del paisaje.

Este es el panorama que puede observarse desde el cerro de Santa Bárbara. Yo lo he precisado aquí a grandes rasgos, deseoso de daros una idea aproximada del lugar en que ha de emplazarse el monumento y sus alrededores, el mismo, con pocas variantes, que fué escenario y teatro de grandes acciones en las guerras de nuestra Independencia.

Este cerro fué un enterratorio indígena, un antigal; la acepción viene de la palabra antiguo, que los nativos pronuncian *antigo*; de ahí *antigal*, lugar donde hay cosas antiguas. En él los indios depositaban sus muertos junto con vasos, ánforas y hachas de piedra.

Cuando en julio de 1927 vi y estuve por primera vez en este cerro con el fin de realizar estudios para el monumento, me sentí fuertemente impresionado. Coincidió mi estada, por casualidad, con los días de la Patria; todo el país, como un solo haz de nervios, vibraba al unísono, conmemorando su fecha histórica, y hasta allá ascendía el clamor multiplicado de tanta eriaura libre como puebla nuestro suelo. Me parecía oír en el ámbito las estrofas del himno cantadas por

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



« SE CONMUEVEN DEL INCA LAS TUMBAS... »
Grupo central del monumento

millares de voces, y con ellas el aliento poderoso de los pechos varoniles; sus acentos marciales resonaban en mi corazón, y su fragor era como el que provoca la mar en tormenta.

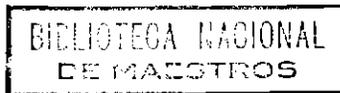
Al calor de todas estas sensaciones fué concretándose, primero en mi corazón, luego en mi cerebro, la idea central del monumento, medula y substancia de toda la obra. Dos estrofas resonaban en mí con preferencia a las otras, y su rumor y su poder de evocación polarizaban mi atención suscitando el ensueño y la imagen. La primera, hela aquí:

Se conmueven del inca las tumbas
Y en sus huesos revive el ardor.

Este par despertaba en mí la emoción religiosa, casi diría, que tocaba mi yo metafísico.

El escultor tiene necesidad de ideas de forma para elaborar su pensamiento; aun más, este pensamiento es esencialmente plástico, tiene corporeidad, la forma lo encierra todo para él. El espíritu mismo no es sino forma. En último análisis lo que nos conmueve, lo que nos hace llorar, vibrar, reír, son para el escultor modos de la forma, volúmenes moviéndose de un modo determinado en el espacio y en la luz. También el alma del mundo es arquitectura.

Analizada esta estrofa presenta al observador algunas ideas de forma y espacio. Pienso: aquí, en este cerro, bajo mis pies, están enterrados los antepasados gloriosos que dieron su sangre por defender estas tierras de su nacimiento. Este cerro era como una atalaya desde la cual oteaban todo el movimiento, toda la vida de la quebrada. Mentalmente imagino a la fuerte raza, la tribu belicosa de los indios humahuacas. Los rostros recios, de pómulos salientes, están hoy cegados, y muestran lleno de polvo el alvéolo donde estuvo el ojo. Los labios voluntariosos, fuertemente cerrados, han desaparecido, y sólo queda la vigorosa estructura de la mandíbula. De aquellos fuertes brazos, de aquellos torsos,



verdadera trama de músculos y huesos, de aquellas poderosas piernas que los llevaron, veloces y ágiles, por la montaña, sólo resta el armazón óseo.

Para dar vida a la estrofa es menester reunir todo eso disperso, recobrarlo del imperio de la sombra y del polvo, vivificarlo, renovar el muerto ardor, y esto lo puede realizar la magia del arte. Me recorre un estremecimiento, me siento como un hombre que ve la tierra por la parte de dentro o como el que ve un árbol por sus raíces.

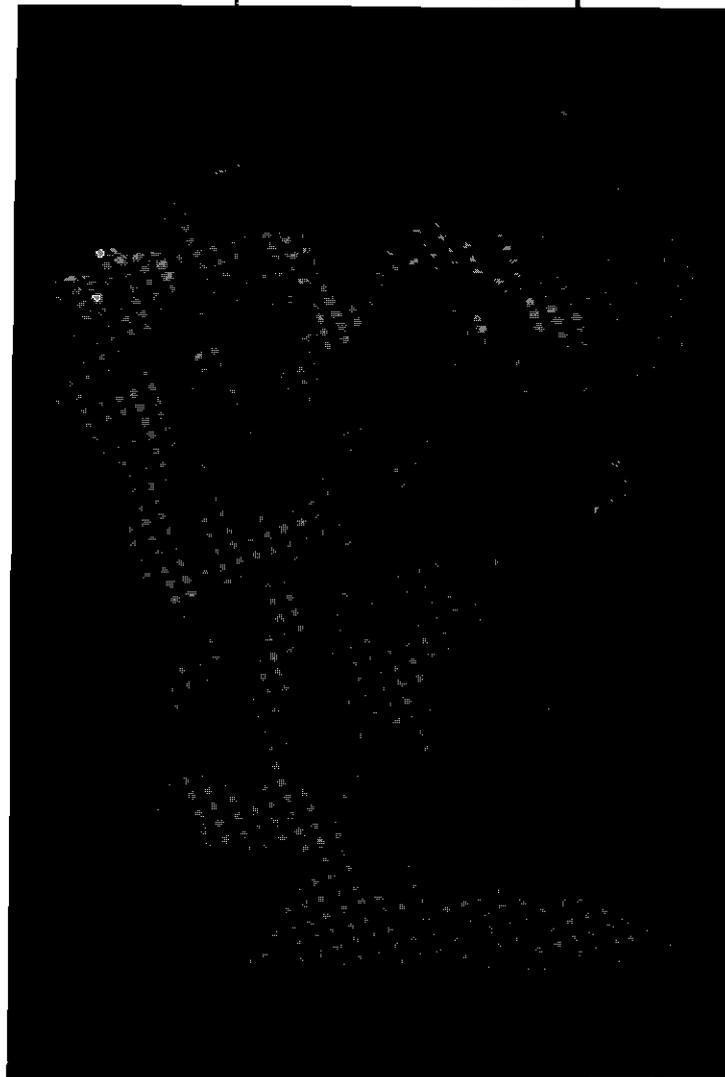
Es evidente que todo este proceso se realiza en el subconsciente; y de un modo muy rápido. Si yo lo muestro aquí lentamente es para dejar ver el trabajo y la función de las facultades.

De esto, a concebir mentalmente los cuerpos moviéndose en el espacio y en la luz no hay más que un paso, y esto es lo que he hecho.

En los grandes altorrelieves los poderosos cuerpos están semienterrados en las laderas del cerro, y asoman o surgen a medias entre el polvo. La muerte los ha tomado de improviso y los ha galvanizado en las actitudes del ataque o de la defensa, algunos están en la acción del hombre que aguaita, otros portan el arco cuya cuerda cimbradora de trenzada tripa, canta al igual que el ala de la golondrina. Quién maneja la pesada hacha de piedra y quién, con el cuerpo, en un vigoroso movimiento de extensión, arroja la pesada lanza. Hay entre ellos un hércules, que ha logrado mover un gigantesco bloque de piedra, y alzándolo sobre su cabeza se dispone a arrojarlo al valle. Aquí, un pie poderoso asoma a flor de tierra; allá, una mano surge del fondo como si requiriera su arma. En el primer estudio, un cóndor, con las grandes alas desplegadas, marchaba sobre sus patas a la par de los hombres, en actitud de ataque.

Recordaba, acaso, los versos del Ramayana, el gran poema indio, en que los animales combaten a la par de los hombres por la defensa de la tierra.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



« SE CONMUEVEN DEL INCA LAS TUMBAS... »
Grupo central del monumento

Todos los rostros muestran una decisión inquebrantable, un propósito obstinado y tenaz aletea en sus frentes, y la voluntad terrible de vencer muestra sus signos en los entrecejos, y matiza, da expresión y bríos, a todos sus gestos y movimientos.

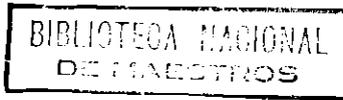
Estas son las figuras y éste el concepto que componen el grupo central dedicado a enaltecer el recuerdo del primitivo hijo de esas tierras.

Una obra de esta naturaleza, como comprenderéis, requiere al par que la ciencia necesaria para la realización, el fervor y la inocencia de un primitivo para creer en el simbolismo mágico de las cosas y vivificar su contenido por medio de las imágenes. Lo que a menudo se cree imaginativo es profundamente verdadero en lo ancestral de la criatura. Por ello el poeta está en la entrada de todos los tiempos y sus mensajes preceden siempre a la ciencia y al conocimiento.

Los grupos laterales están dedicados al gaucho norteño. Desgreñados, hirsutos, trabajados por el hambre, por la intemperie, por el interminable bregar, maravillosos por su carácter, por la firmeza de sus líneas de tan fuerte sabor plástico, visten el poncho de lana, el sombrero retobado con su barbiquejo de velludo cuero y ciñen en su apero para preservarse de los inevitables encuentros de ramas y piedras en la montaña con el guardamonte de peludo cuero. Unos, los más pobres, cabalgan a pie desnudo; otros calzan la ojota o usuta.

Los caballos que usan son vivos y nerviosos y están encastados con caballos peruanos. Jinete y cabalgadura forman una sola pieza, casi un mismo ser, y tan acordados son sus movimientos, que en la carga, hombre y bestia se complementan, de tal modo que el jadeo del animal ritma isócrono con la respiración de la criatura, como si los pulmones de ambos estuvieran ligados por una sola onda circulatoria y una misma sístole y diástole rigiera sus corazones.

Para estas faenas de la muerte las herramientas y úti-



les que usa el gaucho son los chuzos de palo de lanza con su punta endurecida a fuego, las boleadoras, los lazos, los cuchillos usados a mano o atados con tientos en las lanzas.

Todo esto, caballos y jinetes, lo he figurado como enterrado en las entrañas del monte, cual si los vientos y las lluvias lo hubieran ido descubriendo y allí estuvieran en las actitudes de la carga y con el dinamismo propio de las acciones de guerra del modo que en las orillas de los ríos el agua y el viento muchas veces dejan al descubierto los restos de faunas pretéritas.

La segunda estrofa del himno a que me referí, es la siguiente:

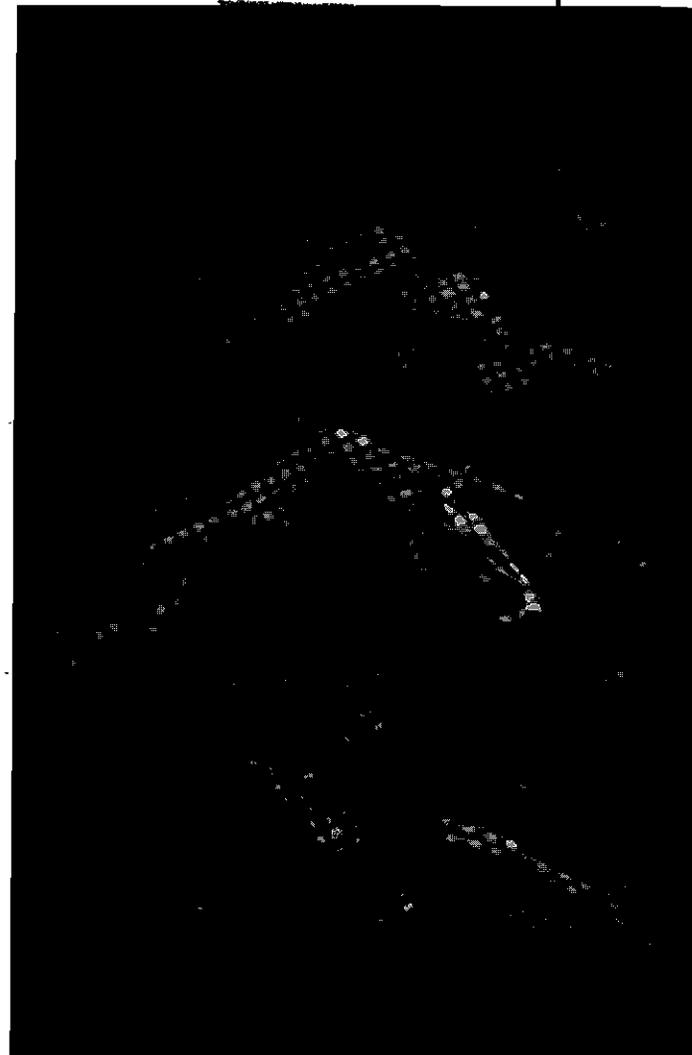
De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar,
la grandeza se anida en sus pechos
a su marcha todo hacen temblar.

De ella he sacado la inspiración necesaria para realizar la figura central, y que yergue la impoluta desnudez de su cuerpo igual a un dios pagano. En él he querido simbolizar la potencialidad del pueblo argentino. Con pasos firmes y viriles el símbolo marcha seguro de sí mismo y del porvenir. Bajo sus pies la tierra está viva, poblada con las grandes formas de su pasado; él, en tanto, tensó el rostro, con total ímpetu, da el grito de independencia que resuena por toda la quebrada.

Analizar el arte en su materia escondida es tocar íntima substancia de hombre. Es poner las manos sobre carne, sagrada carne humana. Inquirir, para así obtener alguna contestación sobre los problemas de arte que nos preocupan, es tocar órganos vivos, tejidos nerviosos que se recogen en sí mismos al menor roce, es incidir en substancia cortical que se crispa y se queja con todos los dolores de la especie.

No, no es carne muscular la que separa el bisturí del investigador al querer precisar la naturaleza de los órganos que producen el arte; no es cartílago, ni tendón poco sensi-

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



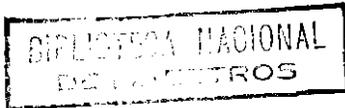
« GRUPO DE GAUCHOS »
Fragmento

ble: es entraña, glándulas, finos tegumentos cerebrales, nervios, raicillas del corazón atormentadas, y todo eso padece de vida eterna.

Habíamos salido al filo de la madrugada de Pampa Grande, la hermosa estancia de don Indalecio Gómez. Mediaba la mañana; el sol, ya alto en el horizonte, va desvaneciendo las nieblas que ocultan hasta el fondo las quebradas, los barrancos, en los que es tan fácil despeñarse. Hemos llegado tras dura marcha a la entrada del monte, atrás quedan, en las altas cimas, los campos de pastoreo, las magníficas huertas, los sombríos nogales, los manzanos, los perales doblando sus ramas bajo el peso del fruto. Hacemos un alto para dar respiro a los caballos, aflojamos las cinchas y movemos los aperos, los pellones, las correas, y todas las prendas de nuestra silla humean con el aire fresco de la mañana. Los tábanos nos martirizan y decidimos salir inmediatamente. Ya nuestros caballos, nerviosos, tascando los frenos, entran en lo intrincado de la maleza; cedros centenarios, gigantescos talas, recios algarrobos, chañares y garabatos nos rodean por todas partes.

Adelante marcha el gaucho Fernando Maidana, cuchillo en mano cortando las ramas que amenazan herirnos con sus espinas. Yo me mantengo detrás de él; por momentos lo pierdo de vista en las revueltas de la senda, el ramaje lo oculta. Por fin lo veo surgir de nuevo, seguido por su tropilla de perros.

Me pongo a escuchar. Un silencio profundo nos rodea; en medio de él, sólo oigo el *gipar* de mi caballo, cansado, y mi propia respiración. Miro a mi alrededor, y sobre mí, con medroso temor; arriba, la trabazón de las ramas me impide ver el cielo; abajo, en la tierra, hay aguazales y baches. Mi caballo atento marcha despacio, sorteando las dificultades de la senda. Por fin entramos en un claro, y por él vuelvo a ver el cielo; a ambos lados, por doquier, hay troncos caídos, cubiertos totalmente de líquenes, de enredaderas y de plan-



tas parásitas. Los grandes árboles se han desplomado, hendidos, roídos por una carcoma de siglos; en el suelo, generaciones de hojas se pudren por capas, y de su seno sube un vaho sutil y capitoso a madera en descomposición, que flota y se esparce en el aire.

Esto es un cementerio de árboles. Estamos en el laboratorio inmenso de la naturaleza. Siento rebullir insectos y larvas por millares, aunque no los veo.

¡El árbol! Por doquier el árbol: escalando cerros, repechando cimas, descendiendo a las hondonadas, siempre encontramos el árbol. Arriba, a 3.000 metros, campos de pastoreo; abajo, en los valles fértiles, buertas, sembradíos, un mar de verdura, y, de tanto en tanto, la vertiente, el hontanar, que mana agua fresca y cristalina.

Tal es esta maravillosa tierra salteña, que he recorrido a caballo desde Talapampa a Pampa Grande, por la ruta del Cebilar, descendiendo por la «einchada» hasta Ruiz de los Llanos.

En las estancias de Pampa Grande y de Yatasto he realizado varias cabezas de gauchos que me interesaron entre todas; son ellos domadores de potros; helos aquí. Uno de ellos, joven, como de 26 años, don Miguel Ríos, lo ríspido del gesto, el empaque duro de este rostro muestra claro la reciedad de la tarea que debe realizar desde la madrugada. El otro pasa de la treintena, don Fernando Maidana: ojos acostumbrados a mirar lejanías, de estructura recia en todos los huesos de la calavera, y con un acentuado prognatismo del mentón. Otro, don Florencio Velázquez, hay algo de hosoce y de salvaje en estas fisonomías, la terrible sangre indígena calchaquí prevalece fuertemente sobre la sangre española. Otro: don Gegrogio Espinosa, pómulos fuertes, mandíbula vigorosa, frente huidiza, rostro curtido por los soles y los cierzos. Otro, don Pantaleón Cazón, tiene los rasgos comunes a sus hermanos de raza, con la diferencia de que el pómulo izquierdo está hendido por una rodada.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



« GRUPO DE GAUCHOS »

Fragmento

Por fin, el último, don Mareos Liendro, es hombre ya proveecto, tiene 72 años, aun monta caballos con bastante desenvoltura. En sus años mozos ha sido domador y hombre avezado para todas las faenas del campo. Cuando se le mira caminar a pie, enhiesto, no parece que esta vida forzosamente dura y llena de sufrimientos, haya dejado mayores huellas en esta naturaleza recia y brava. Sólo cuando se le mira el rostro, arado por profundas arrugas y con un dejo amargo en las comisuras de los labios, se advierte bajo esa seriedad hosca y hurana una especie de tristeza que se esfuerza por ocultarse, y cuando la mirada aguda y penetrante del escultor avezado a ver formas y descubrir su sentido, va fijando uno tras otro todos los pequeños detalles que rodean los párpados, cuando observa con detención el ojo, ve tras la mirada vieja y cansada los padecimientos y las agonías de estas vidas acostumbradas a luchar y a vencer. Estudio con mucha seriedad mis modelos. En ningún momento voy a ellos con ideas preconcebidas: los observo con detención y trato empéñosamente de comprender y fijar la oculta verdad de cada naturaleza. Mi tenacidad se emplea y esfuerza incansable en construir, según sus leyes, la estructura ósea de cada forma animal, pues he llegado a comprender que de ella se deriva su arquitectura; es decir, la imagen formal de las mismas, ya que el mantillo de carnes y de músculos que la cubre no hace sino fijarse sobre el plan o la planta que establece la estructura ósea. De este modo creo poder penetrar en el hondón de la raza y de la sangre.

Volvamos al paisaje. A medida que avanzamos hacia el Norte, los árboles van raleando: ya en plena quebrada no se los ve por ninguna parte.

La quebrada. Altas montañas que se han acostado a esperar. El gusano del tiempo roe incansable, incansable en su eternidad. los contornos de la piedra, lima sus aristas y un leve polvillo se va depositando en las grietas, en los inster-

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MEXICO

ficios, y una línea sinuosa y tranquila va dibujando los montes en la lejanía.

Fuerte, recto, sobrio, silencioso, contemplativo, observador curioso, con una curiosidad insatiable, una especie de poeta, de sacerdote, tal es el indio.

Fuerte, recto, el indio es de una resistencia a toda prueba, inausable para las marchas a pie, camina durante días enteros tras su reuca, ya llevando sus chalonas (2), ya cargando panes de sal, ya simplemente para abastecerse de aquellos pocos productos naturales que necesita para vivir:

el maíz y la coca. Así se encontramos en lo más apartado de los cerros, a diez, a veinte leguas de toda población, allí donde no hay ninguna posibilidad de vida, así se tropezamos

en todas las sendas que bajan y suben los cerros, a ratos bordeando los precipicios, a trechos bajando las hondanadas o escalando cimas, entre las matas espinosas del airampo

de los chirquis, y el indio, sin premura, tranquilo, paso a paso, msita breve el *juwa juwa*, equivalente al ¡arre!

¡arre!, animando a sus burritos. Allí donde le tome la noche, allí para la reuca, saca las alforjas, desensilla, ata sus burros donde puedan ramonear en los roños, tiernos brotes

del chirqui, porque éstos, tan sobrios como su dueño, a todo se avienen y a todo se acomodan. Sobrio el indio, con una sobriedad que admira, hace del maíz su único alimento. Así

lo come hervido con sal, solo, o con un trozo de charqui; a esto le llaman mote; otras veces lo comen tostado. Este es un maíz especial que se llama capia o pisingallo: este es el maíz que lleva en sus viajes, pero por lo regular le basta el

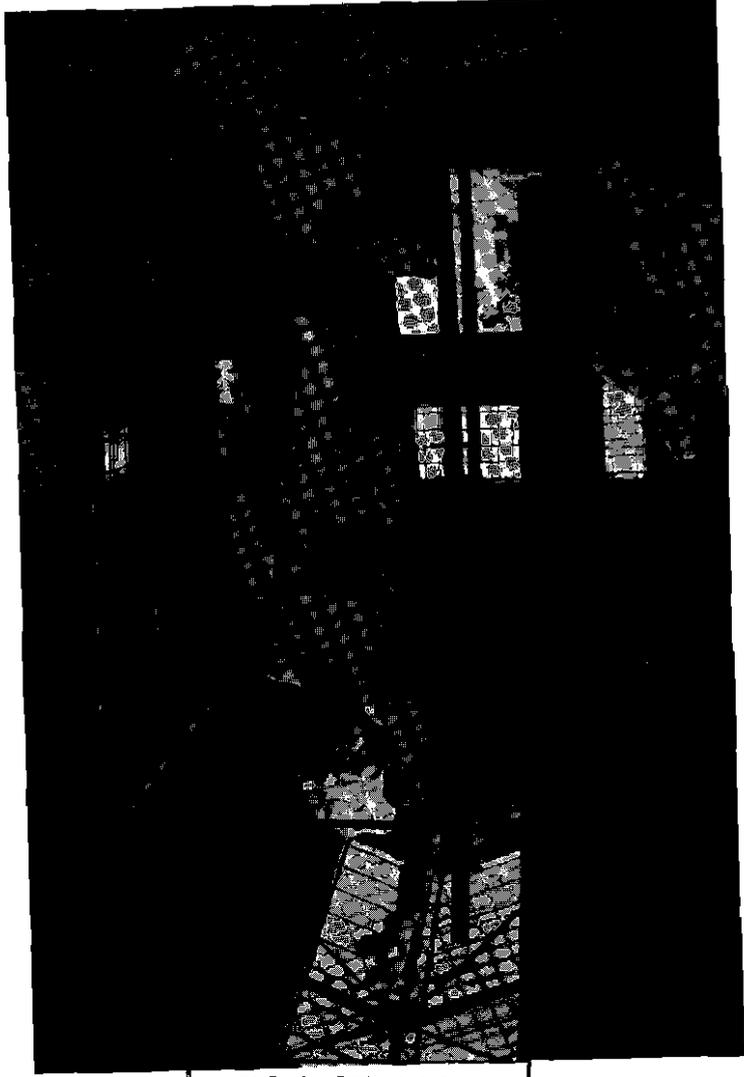
akulliyco y el trago de alcohol.

Imaginaos que os halláis en Cochinoa o en la Rincona-

da, lejos de toda vía de ferrocarril, perdido entre los cerros, a 20 ó 30 leguas de la Villa de Humahuaca, y debéis ir allá; necesitáis tomar un indio baqueano que os oriente entre las

mil sendas que se cruzan en la puna y que él conoce a las mil maravillas y sabe a dónde conducen. Así, en los cruces,

REPUBLICA NACIONAL
DE ARGENTINA



« EL GRITO DE LIBERTAD »
Figura que corona el monumento

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

él toma, sin hesitar la que os conviene: si le preguntáis os dirá brevemente a dónde lleva la otra, pueblo o aguada. Necesitáis andar ligero y cubrir las 20 ó 30 leguas que os separan del lugar en el más breve tiempo; vais montado en una buena mula y él marcha a pie; sin embargo, él marcha al trote delante vuestro, y en ciertos momentos debéis apurar la mula para no quedaros rezagados; llegáis al primer puesto, os apeáis, sacáis de las alforjas, pan, frutas, queso de eabra, vino, esperáis reponer fuerzas: le ofrecéis. El indio se mantiene a distancia, no orgulloso, sino digno, dando la impresión de que con él no hay camaradería posible: para él sois de otra raza. El no acepta vuestro ofrecimiento; él no necesita nada: «No tengo hambre, señor». Lo único que aceptaría, si quisierais ofrecerle, es un trago del vino que lleváis. Mientras vos coméis, él se sienta, saca su chuspita de lana tejida, y del fondo de ella, entre los dedos, un buen puñado de hojas de eoca se desborda y se llena la boca con él; luego muerde un trozo de llicta (3), que hace con los residuos quemados del cenizo, y suavemente masca, mientras os espera: los ojos de mirada indefinible, a veces mansos, otras altivos, puestos en la lejanía, o tal vez, lo más seguro, mirando hacia adentro, en los maravillosos paisajes de su alma.

Termináis, y el indio dice: «cuando quiera, señor», y una vez montado, él vuelve a ponerse delante y al trotecito, incansable, va recorriendo la senda, que se alarga, se desdobra por leguas y leguas, sube y baja serpenteando entre cerros, a ratos pesada entre piedras, a ratos blanda y muelle sobre la tierra, unas veces asoleada, otras, llenas del rocío de la luz lunar, siempre maravillosa y bien oliente con el aroma de la rica-rica, de la menta o del mismo airampo en flor.

Vista y oído de lince posee el indio. En los caminos, a menudo oís preguntar a un chango, a una mujer o un hombre, si han visto pasar algún jinete, y oís siempre estas o parecidas contestaciones: por aquí no ha pasado nadie; o

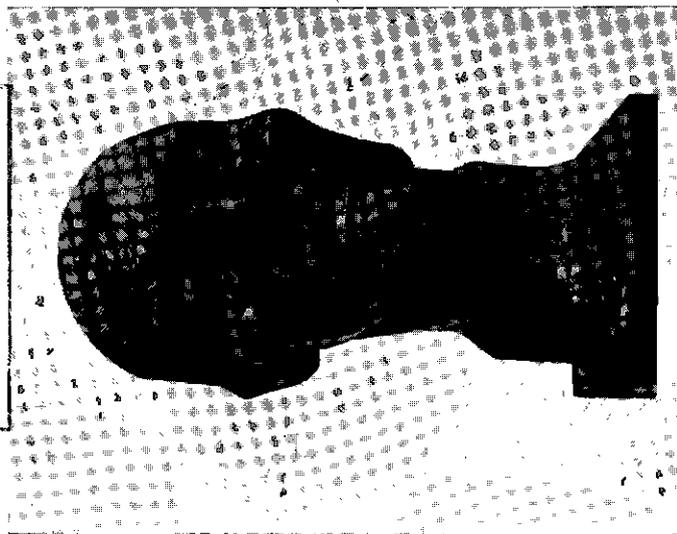
bien, ha pasado alta la mañana o tardelao (4) un indio montado en una mula obscura, o parda, o zaina, o de tal pelo, iba con alforjas o sin ellas, calzaba ojotas o botas, tal color de chaqueta o de poncho traía, iba con bestia cansada o de refresco. Podéis creerlo: breve ha sido el tiempo de su observación, pero él o ella lo ha visto todo, todo lo ha examinado y no se le despinta jamás. Podrá, pasado un tiempo, presentársele de nuevo el mismo jinete con prendas cambiadas; a pesar de todo el indio lo reconocerá por el modo de montar, por la planta del animal, por el paso, y por mil cosas más que nosotros no advertimos, pero que su ojo agudo y perspicaz encuentra sin trabajo.

Otra facultad que impresiona cuando se la ve actuar, y que prueba la fineza de los órganos visuales del indio, es la facultad que él posee para seguir entre piedras cualquier rastro, de hombre o de animal; él conoce fácilmente y lo distingue entre muchos, el paso del guanaco, llama o vicuña, y aun precisa si es antiguo o reciente. Muy difícil es que se le escape un animal de éstos cuando lo ha *venteado*.

A menudo ocurre que en una de estas partidas de caza, que por lo regular se realizan en la época otoñal, un guanaco o una vicuña, levemente herida, logre escapar con el gruesso de la manada. Cuando uno conoce estas quebradas y sabe la intrincada sucesión de cerros, valles y hondonadas, cuando se conocen los repechos costosos, los pasos difíciles, al borde de los precipicios, se cree empresa imposible seguirla.

Para el indio no lo es, sin embargo. Nacido en estos lugares, no hay para él paso difícil, no siente el vértigo ni el mal de la altura, el soroche o la puna no lo ataca; como la cabra o como la vicuña, se le ve en las cimas de los altos cerros oteando como el águila toda la vida de la quebrada. Con sus ojos acostumbrados a mirar lejanías, sigue a distancias increíbles el paso de la manada, y por instinto o por conocimiento sabe sus escondrijos o sus campos de pastoreo, y él, tarde o temprano, cobrará la pieza herida.

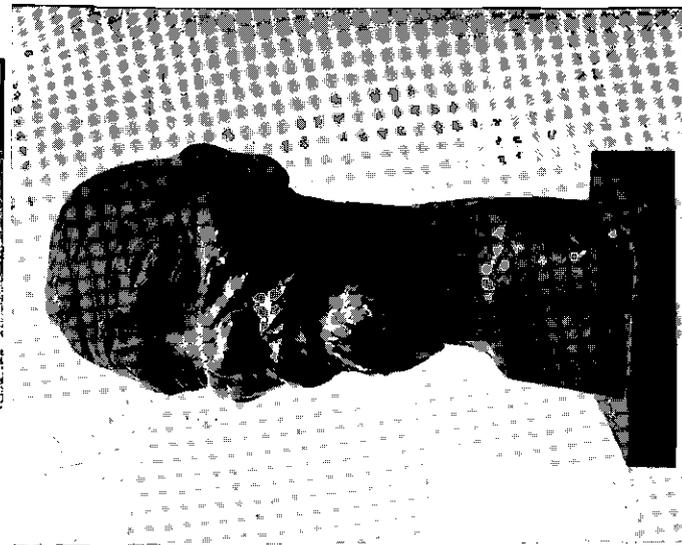
BIBLIOTECA NACIONAL
FOTOCOPIADO



«INDIO DEL AGUILAR»
Jujuy

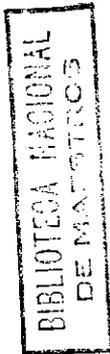
«DON MARCOS LIENDRO»
Domador - Salta

BIBLIOTECA NACIONAL
FOTOCOPIADO



El indio es muy reservado. Lo he tenido como modelo trabajando durante días enteros sin hablar una palabra; si le preguntaba me contestaba con monosílabos.

En el verano de 1933 pude conseguir que una joven india, una himilla (5) de 17 años, me sirviera de modelo; era de facciones bastante regulares, casi una belleza dentro del tipo de su raza. La tuve durante seis días mañana y tarde; en ese tiempo no dijo espontáneamente ni una sola palabra, no sonrió una sola vez, seria, sin adustez, silenciosa sin esfuerzo, su mirada me observaba con detenimiento, sus grandes ojos clavados en los míos parecían querer penetrarme; mientras trabajaba sentía que esa mirada fría examinaba mis facciones en sus menores detalles, comprendía que me revisaba, pero, cosa curiosa, esa mirada no me molestaba. En la mirada del indio de esas regiones hay algo de profundamente animal que os sobrecoge: es una mirada instintiva, sabia, terrestre; diríais que desde el fondo de la misma es toda la quebrada, para la cual sois un extranjero, la que os mira, la que espía sin cesar vuestros movimientos, la que trata de comprender vuestros propósitos e intenciones. Ella os examina, os escudriña, os desnuda sin piedad; por momentos, detrás de esos ojos grandes, pensativos, inocentes, con la inocencia de lo salvaje ancestral, veis reflejarse la quebrada, profundo amor del indio, la tierra sagrada llena de pucarás, sembrada con las cenizas de sus muertos, la tierra llena toda con la obra de sus manos, la alfarería amasada con arcilla de esos valles, cocida allí mismo y piutada con las tierras y los ocre colorantes que proporcionan los mismos cerros. En el antigal de Humahuaca, en piedras blancas, es tanta la destrucción que han hecho los buscadores, que los trozos de alfarería destrozada siembran los taludes del cerro y son tantos como los rodados mismos; analizados estos trozos son de una materia fina, enidadosamente trabajada, bien cocida y pintada hermosamente con color negro sobre el fondo rojo de la vasija.



Detrás de esos ojos veis una voluntad que no trata de significarse, una voluntad cuyo contenido no advertís, pero que comprendéis sorda y hostil.

En estos momentos en que el hombre vive en cierto modo una vida artificial, en divorcio con la naturaleza, confinado en las ciudades; en estos momentos en que las instituciones están en su mayor auge y regulan, controlan y conducen la vida del hombre, tanto en lo político como en lo moral o en lo orgánico, y la experiencia y la razón matemática ocupan el lugar del instinto, y el hombre más que un hijo de la naturaleza es un producto de las instituciones, es cuando más advertimos la profunda diferencia que media entre el hombre que vive en el estado natural y el hombre hijo de una cultura que ha alcanzado una etapa avanzada de desarrollo.

El hijo montaraz de los valles y de la montaña vive más en lo infinito que en lo relativo del mundo; aun más: éste es su verdadero estado. Se advierte que esta criatura está ligada por su cordón umbilical a la tierra, cuya fuerza elemental acciona profundamente sobre él e informa la estructura de su religión. Este ser no siente su individualidad, sino que vive al unísono con las cosas que le rodean y es una de ellas; algo hay en él de hombre árbol o de hombre piedra; por eso en el fondo de sus ojos dormita una luz que es reflejo de las potentes fuerzas que conciertan la vida de la quebrada y al asomarse a ellos, con el afán de investigar, se experimenta el estupor que produce el misterio.

La tierra nutricia, progenitora y tierna, ese elemento obscuro y sombrío que genera y nutre las cosas, es la que él conoce y ama; el lindo maicito que le alimenta, el churquisito que le calienta, todo proviene de la tierra. Ella es la que provee de alimento a sus cabritas, a sus ovejitas, la que hace que vivan y se desarrollen en los altos cerros el guanaco y la vicuña, que le dan la lana de su abrigo, ella es la poderosa, la que todo lo absorbe, la que nunca se dessubstancia, ella que de una pasacana brota cien cardones y que puebla

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



« DON FLORENCIO VELAZQUEZ »
Domador salteño

« DON PANTALEON CAZON »
Remesero salteño

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



los valles de airampos, ella es Pacha Mama, la grande, la que él venera y teme.

A menudo encontraréis en la encrucijada de los cerros, a la vera del camino, una piedra llena de acullicos de coca adheridos a ella. He averiguado el significado de estos ritos y se me ha dicho que de ese modo el indio cree desarmar a Pacha Mama, a la que teme.

El diminutivo tierno nombrando las cosas es la expresión emocionada de esta criatura agradecida; ya lo habéis oído: el lindo maicito, el churquisito, la cabrita.

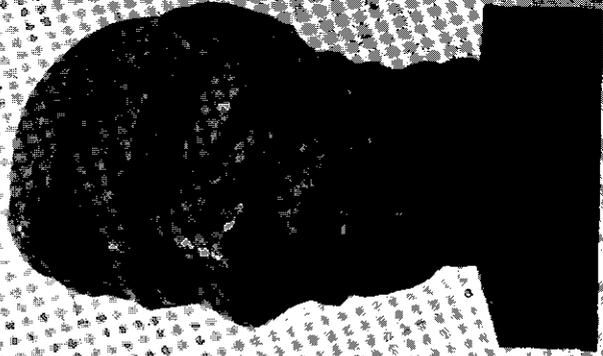
Para él todas las cosas que tienen vida encierran un simbolismo mágico, que las emparenta con lo misterioso, con lo arcano del mundo, con Pacha Mama. Es peligroso no tenerlo en cuenta. Por eso el pastor cerrero que habita en la Puna no os venderá un cabrito o una oveja aunque os muráis de hambre, porque esto trae desgracia y le descabala la majada. «No hay ser, señor», os dirá, es decir, «no insista, señor, no ha de ser». Pagad lo que queráis, no os la dará. Debéis entrar al aprisco y matarla vos mismo; entonces, ante lo irremediable, mientras os maldice, se aviene a venderla.

Como el hombre primitivo, su imaginación crea seres misteriosos que habitan la quebrada. Así Coquena arrea y cuida en los altos cerros sus majadas de llamas, guanacos y vicuñas. El cazador que quiera obtener presa deberá hacerle sus ofrendas. Él lo ve caminar a grandes zaucadas, como una sombra blanca, sorteando todo género de peligros entre los remolinos del viento y de la lluvia, que forman una cortina que desdibuja la lejanía; él lo ve, transido de frío entre los blancos vellones de las nubes, que cubren por entero los cerros y que el viento desfleca lentamente.

La religión del indio es una religión hecha de temor y de misterio. La quebrada se presta para ello. La luz de la quebrada, su silencio profundo, la soledad del ser en esa pampa de granito, el hoy como el ayer y el mañana como siempre, sin espacio ni tiempo. Una eternidad para adentrarse en sí

« DON FELIPE MAIDANA »
Domador - Salta

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



« DON GREGORIO ESPINOSA »
Remesero salteño

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



mismo, una eternidad para la meditación, y después del diálogo con las cosas el silencio. Las cosas adquieren contornos inusitados, crecen, se escorzan y parecen estar tejidas con la trama de lo eterno.

(1) *Airampo*: Planta de la familia de las cetáceas, muy parecida a la tuna en su forma, pero mucho más pequeña. Cuando es tierna tiene un color verde azulado, las espigas de que está guarnecida cada hoja miden de cinco a seis centímetros; a medida que envejece la planta se va tornando de un azul obscuro con reflejos metálicos acerados. No crece hacia arriba, como la tuna, sino que se extiende sobre el terreno, tupida, hasta cubrirlo por completo. Los taludes del cerro Pucará, en Tileara, son un solo manto de airampos. Su vitalidad es asombrosa; la hoja rota, si cae sobre la tierra, vuelve a arraigar y se transforma en planta. En febrero la planta se llena de frutas, verdes al principio, de un color vino subido en su sazón; su carne es de color carmín encendido color que llaman *mordoré* y que usan como tintura.

(2) *Chalona*: Carne de oveja salada y puesta a secar al aire y al sol.

(3) *Ilicta*: Pasta que hace el indio mezclando los residuos quemados de una planta llamada zenizo, amasándola con papa cocida. Esta mezcla parece tener la propiedad de hacer que se desprenda por la masticación el principio activo de la coca.

(4) *Tardelao*: Expresión con que el indio denomina la caída de la tarde.

(5) *Himilla*: Joven india en edad de casarse.

